



NOVÍSIMO

Por Carlos VALDÉS

Dibujos de Juan SORIANO

DESDE mi trono exornado de abalorios miro hacia Europa. No la conozco. Adivino su decadencia. Me asombra la ruinosa antigüedad de sus piedras: un pueblo construido sobre las ruinas de otro, y el último tan caduco como el primero. El tiempo es un moho que se transmite de las piedras sanas a las enfermas.

Estoy en una playa americana junto al mar Atlántico. Aquí todo es novísimo y sorprendente en número. Holanda, Bélgica, Dinamarca, cabrían juntas en la palma de mi mano. Me circunda la naturaleza que resiste al hombre: manto real demasiado incómodo, vestidura que siempre inflige las molestias del estreno.

Rey por olvido, sin súbditos; los vecinos me ignoran, no por su magnanimidad sino por mi pequeñez. Soy habitante único de una gran extensión de terreno; pero en América resulta pequeña. Las repúblicas fingen que no existo, ningún presidente mancharía su carrera con una leve señal de beneplácito o desprecio.

Algunos particulares dudan de mi soberanía. Opinan que soy un simple propietario de un terreno baldío, un loco que niega la realidad situada más allá de sus narices. Indiferente a los rumores, me dedico a legislar con aplicación mi reino desolado; cuando la temperatura no es muy cálida sumo mis palmeras. Como nunca he sido fuerte en matemáticas me equivoco fácilmente. Si alguna vez logro este censo continuaré con el de los bambúes. Trabajo absorbente para muchos años.

No persisto en mi realeza por capricho de excéntrico. Sería más grato sumarme al tumulto ciudadano, cambiar la tiesura del manto púrpura por la indumentaria bur-

guesa, parda y cómoda. Sólo el deber me retiene. Aunque educado para inclinar la espalda, he subido contra el viento: Robinson Crusoe sin Viernes, sin nostalgia.

Nada amenaza mi integridad por el exterior, el peligro está dentro. Súbitamente el piso cede bajo mis pies. Como una colonia de termitas, el pasado horada mi reino. Hay una región desamparada del adulto que no alcanza mayoría de edad. Los temores surgen de los pasadizos más recónditos de la infancia, se presentan con máscaras de apariencia inofensiva, se esconden en las asperezas de un árbol, en el reflejo de una luz, o pretenden seducirme con espejismos: laberintos interminables de calles; en cada puerta se apoya una mujer que con señas indolentes invita a la compañía. Escaparate desbordante para la codicia de un soberano andrajoso.

Mi resistencia es heroica, mis armas defensivas ridículas. Leo con persistencia un ejemplar sin pastas de la enciclopedia, letra N; estudio un curso de filología por correspondencia, me interesa en particular la fonética de la lengua aglutinante de los cambodgianos; sostengo nutrido epistolario con una solterona entrada en carnes, "no le importaría ser soberana sin súbditos"; colecciono recortes de periódico en que se exalta el concepto de la libertad individual. Esta cultura no fundamenta mi libertad, obtengo fuerza del pasado, del que provienen mis debilidades.

Fui educado en disciplina de ergástulo. Mi padre era un hermoso ejemplar de las doctrinas positivistas; no carecía del impecable uniforme y la lógica de jefe de pista circense. Su luminoso optimismo en las ciencias deslumbraba a los falderillos que debíamos aprender los trucos necesarios para ser admitidos en sociedad y,

más tarde, en los grandes desfiles de los días de fiesta. La fuerza de mi padre no era física. Una vez que nos infundió miedo al ridículo no tuvo que usar el látigo. El temor a la risa es más estimulante que los terrones de azúcar que endulzan los recreos.

Yo era un buen discípulo, asimilé pronto las lecciones; pero en la primera oportunidad escapé de la férula paterna.

Mi rebelión se inspiró en un idolillo de ombligo dorado que por casualidad cayó en mis manos. En sus ojos ciegos había más perspicacia que en la mirada de un científico o de un financiero. Aquel dios me reveló el sentido profundo y oscuro de la vida, lo vano de las aspiraciones de nuestro circo, el oropel de las perfectas evoluciones de cadetes. Nuestra confianza en la ciencia era infundada. Muy poco explicábamos con las teorías materialistas, ni siquiera la felicidad de un hombre que se tiende a la sombra de un árbol en un día caluroso.

Busqué por todas partes hasta encontrar un sitio donde vivir según mis nuevas convicciones; pero los recuerdos no se burlan con la distancia.

Unas veces el pasado me domina, otras lo sorprende en su labor subversiva. Hemos llegado a un acuerdo tácito: nos repartimos las victorias y las derrotas, enemigos que logran el equilibrio en la guerra continua. Para vivir hay que pagar tributo al tiempo. La naturaleza está de mi parte. Me ha enseñado la moral de los seres libres: la armonía. Toda juventud es una fuerza clásica. Algún día seré completamente libre. Al fin todos los dioses caducan.